
Las Actitudes Heroicas

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 9100

Título: Las Actitudes Heroicas

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Artículo, Crónica

Editor: Brian

Fecha de creación: 29 de julio de 2026

Fecha de modificación: 29 de julio de 2026

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Las Actitudes Heroicas

El drama del dirigible "Italia", precipitado sobre los hielos con toda su dotación, ha estado a punto de convertirse en tragedia heroica. Decimos ex profeso "ha estado a punto", pues aunque hubieran de sucumbir algunos de sus tripulantes, a pesar de los salvados hasta el momento en que escribimos estas líneas, algo priva al espantable drama polar de aquel carácter apuntado.

El heroísmo no es una virtud que se deba esperar de cualquiera. Nadie tiene derecho a exigir que un hombre, en el cumplimiento de su deber, lleve éste a los límites del heroísmo. Pero todos, en cambio, tenemos derecho a esperar este sacrificio sagrado, cuando con la seducción exclusiva de la gloria se arrastra a multitud de hombres a una aventura poética, cuya única redención es la seguridad, para los subordinados, de que su jefe dará en holocausto cuanto ha exigido de ellos al arrastrarlos.

La exploración de los polos está lejos de ofrecer un gran interés científico. No valen todas las verdades adquiridas en el preciso grado 90 de latitud una sola de los centenares de hecatombes que han costado a la humanidad. No dan resultado práctico alguno. Son, en una palabra, inútiles.

Pero esas exploraciones polares, sujetas a penurias sin nombre, continúan encarnando lo más puro y desinteresado que posee el alma humana: su amor a lo desconocido, al misterio seductor, más allá del esfuerzo, del valor, de la vida misma, que constituyen, para el hombre que se enciende en aquellos amores, la gran poesía en acción.

No es, por cierto, un pusilánime, ni un negociante a interés seguro, ni un hombre de cerebro frío e ideas estrechas el que se lanza a sufrir lo indecible y echa los dados de su vida —y con ella la de sus compañeros— al goce mortal de palpar lo desconocido.

Como no reportan estas aventuras utilidad alguna, la actitud de estos

enamorados de lo desconocido, y en particular la de sus jefes poetas, sólo tiene una excusa: y es la capacidad que para el sacrificio confirma su temple, y que en el jefe de la expedición debe alcanzar al heroísmo.

Ningún hombre en peligro tuvo jamás la salvación tan a mano como Scott, explorador del polo sur. Es bien conocido lo que fue aquella su última expedición trágica, azotada sin tregua por la más persistente fatalidad, y concluida con la muerte de su jefe, de miseria, hambre y frío, cuando a un kilómetro escaso se veía el puesto de aprovisionamiento.

Por único y último compañero de aquel desastre, Scott no tenía a su lado sino a un marinero moribundo. Nada, ningún deber humano ni siquiera divino forzaba al jefe de la expedición a detenerse en su camino. Todo, antes bien, todo excusaba el abandono de un compañero a la muerte, cuyos postreros y fatales instantes podían costar la vida de un hombre como Scott.

Scott nada vió de todo esto. Vió sólo que la existencia de aquel oscuro compañero de infortunio era tan sagrada y preciosa para él, jefe de la expedición, como la suya propia. Debían salvarse ambos, o morir los dos. A la vista de las cuantiosas provisiones, del fuego salvador a los cuales podía él llegar de un paso, pero no su compañero, Scott se quedó. Y sabemos por fin que cuando ambos fueron hallados, Scott conservaba aún el lápiz sobre su libreta, en la que recomendaba a sus amigos que velaran por su mujer y sus tiernos hijos que quedaban sin pan.

Un héroe es un ser excepcional, y como tal, superior a nuestros sentimientos estrechos y nuestros deberes medidos. No es posible, pues, juzgar al general Nóbile de acuerdo con una norma que sobrepasa infinitamente a la capacidad común, ni mucho menos exigir de él, en las circunstancias terribles en que se hallaba, el cumplimiento de un deber no escrito ni reglamentado. Pero hubiera sido muy hermoso que cinco compañeros de infortunio se hubieran salvado juntos.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región, los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la

posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)